

Antonella Marty

LA NUEVA DERECHA

QUÉ ES, QUÉ DEFIENDE Y
POR QUÉ REPRESENTA
UNA AMENAZA PARA
NUESTRAS DEMOCRACIAS

UN REPASO A LAS IDEAS,
LOS PRINCIPIOS Y LAS
OBSESIONES DE LA
**NUEVA DERECHA
MUNDIAL**



Ariel

La nueva derecha

Qué es, qué defiende y por qué representa
una amenaza para nuestras democracias

ANTONELLA MARTY

Ariel

Sumario

Introducción	13
1. Quiénes son.....	31
2. La fe ha llegado al poder.....	55
3. Desentrañando a la nueva derecha.....	77
4. Nuevo mandamiento bíblico: «Tira piedras y ofende al prójimo»	84
5. El odio camuflado de libertad: «¡Viva el odio, carajo!» ...	96
6. Respira hondo, cuenta hasta diez y deja en paz a Groenlandia	104
7. Yo, yo y yo: el regreso de Narciso	109
8. El culto al macho	125
9. Una remodelación de mandíbula mientras hablo de «ideología de género»	142
10. Hey, Nietzsche: ¡Dios ha resucitado!	155
11. El que no es cristiano es marxista	166
12. La sangre pura	182
13. Las teorías conspirativas: Soros, China, la ONU y la Agenda 2030	195
14. El plan oculto para reemplazar a la población	204
15. 4chan, foros anónimos y troles	211
16. Los inmigrantes no van a comerse a tus perros y a tus gatos	215

17. El curioso caso de los <i>magazolanos</i> y los cubanos trumpistas	234
18. Los supremacistas, el KKK y los «estéticamente superiores»	238
19. « <i>God, guns and Trump</i> »	246
20. El final del proyecto «Estados Unidos»	251
21. La abstinencia sexual como educación sexual.	257
22. Elon Musk: el mecenas de las nuevas derechas	268
23. La batalla cultural de Maduro y Milei	276
24. Murray Rothbard y sus « <i>angry white men</i> » («hombres blancos enfadados»)	282
25. ¡Son todos unos comunistas!	299
26. El Partido Demócrata está controlando el clima	306
27. El festín de los dioses y los justicieros del deporte	313
28. ¡Quieren ser trans para usar los baños!	321
29. ¡Pero la sirenita es blanca y pelirroja!	325
30. <i>The handmaid's tale</i> : el proyecto ideal de la nueva derecha.	328
31. ¡Una lobotomía para la histérica!	332
32. «No al aborto, sí a la vida» (excepto si es un feto inmigrante)	342
33. ¿ <i>Woke</i> o un rico wok?	349
34. Placer y prejuicio	359
Conclusión.	365
Bibliografía	367

Quiénes son

La irrupción de las nuevas derechas, que comenzó a finales de la primera década del siglo **xxi** y que alcanzó su punto álgido durante las décadas de 2010 y 2020, no sólo reconfiguró el panorama político global, sino que también provocó una transformación ideológica significativa. En este proceso, las antiguas estructuras de poder se han entrelazado con narrativas emergentes, históricamente arraigadas en el miedo, la confrontación y la exclusión de aquello que consideran como diferente.

Se dice que la historia no se repite, pero definitivamente rima. La democracia mundial atraviesa tiempos oscuros, marcados por una política de revancha que ya está entre nosotros. El mundo ya no parece pertenecer a los valientes, sino a los brutos y *bullies* envalentonados. El populismo de las nuevas derechas está aquí, y su presencia no muestra signos de desvanecerse en el corto plazo.

Al inicio de esta década de 2020, pocos habrían imaginado que los partidos, magnates y líderes que hoy detentan poder, o que parecen encaminados a obtenerlo, alcanzarían tal relevancia. Sin embargo, estos movimientos han crecido con extrema rapidez, pasando casi inadvertidos para muchos. Es razonable afirmar que estos movimientos neorreaccionarios no sólo no desaparecerán, sino que probablemente continuarán expandiéndose.

dose y consolidándose en distintas regiones del mundo, al menos por un buen rato, adaptándose a nuevos contextos y capitalizando el descontento social. Estos movimientos seguirán alimentando la polarización y moldearán el panorama político global de nuestro tiempo.

Nos corresponderá no sólo resistir estos modelos que amenazan la democracia, sino también educar sobre los peligros que representan. Quizá debamos asumir la tarea de enseñar la «vida no fascista» que Michel Foucault evocó en el prefacio a una edición de *El anti-Edipo* (1972), de Gilles Deleuze y Félix Guattari; esa tarea era para Foucault un llamado ético a resistir las dinámicas autoritarias del poder, y no sólo en la política partidaria, sino también en la vida cotidiana: cuestionar verdades absolutas, construir relaciones desde posturas alternativas, y vivir de manera crítica, autónoma y abierta al cambio, haciendo frente a las estructuras medievales que buscan normalizar y disciplinar nuestras vidas.

Estos años nos han demostrado que es posible ser públicamente golpista, corrupto, culpable de delitos graves (según la justicia), racista, maleducado, agresivo, antidemocrático, misógino... y, aun así, ganar elecciones. La irrupción de la nueva derecha lo demuestra claramente. Este movimiento puede describirse como un conglomerado diverso de personas: líderes, *influencers*, políticos, incels, fanáticos, académicos, empresarios, militantes, pastores, seguidores y votantes, unidos por un común denominador: el rechazo al progresismo, a las mujeres y al feminismo.

Para ellos, el progresismo no es simplemente una corriente ideológica, sino un supuesto comunismo fundamentalista camuflado bajo principios igualitarios que, según su narrativa, busca establecer una «dominación totalitaria global» a través de lo que denominan «hegemonía globalista». Este argumento, lejos de sustentarse en evidencias, se apoya con frecuencia en teorías conspirativas.

Dentro de este espectro de las nuevas derechas convergen diversos subgrupos, que incluyen libertarios, paleolibertarios, conservadores, extremistas de derecha, anarcocapitalistas, supremacistas blancos, nacionalistas religiosos, nacionalistas cristia-

nos, evangélicos fundamentalistas, neonazis y representantes de la derecha alternativa (llamada *alt-right*), entre otros.

El apoyo popular a estas fuerzas políticas en distintos países refleja un cambio profundo en las dinámicas electorales. En Europa, la derecha populista ha conseguido captar respaldo en sectores sociales diversos; en Estados Unidos, los condados más empobrecidos han encontrado eco en movimientos como el Tea Party y en figuras como Donald Trump.

En El Salvador, Nayib Bukele, populista de manual y por definición, ha consolidado un régimen que viola los derechos humanos, controla los poderes del Estado, recurre a «Dios» en cada uno de sus discursos y hasta ha afirmado que su presidencia es un designio divino. Tras su victoria electoral en 2021, Bukele consolidó su poder al destituir al fiscal general independiente y a los magistrados de la Sala de lo Constitucional de la Corte Suprema de Justicia salvadoreña, el máximo tribunal del país. Estas jugadas le permitieron reemplazar vacantes con aliados cercanos, asegurándose un fallo favorable que avaló su aspiración a la reelección en 2024, a pesar de la prohibición explícita de la Constitución salvadoreña sobre la reelección presidencial.

Bukele, conocido por su estilo autoritario, ha emprendido no sólo una ofensiva contra las pandillas o maras, sino también una persecución activa contra periodistas y voces críticas con su Administración. Detrás de su imagen moderna y juvenil se esconde un exponente de la nueva derecha, caracterizado por su rechazo al matrimonio igualitario y al derecho al aborto. Su Administración ha sido señalada como «una dictadura en ascenso», marcada por la militarización de las fuerzas policiales y de la sociedad en general. Hace muy poco, Bukele, siguiendo el patrón de las nuevas derechas, evidenció cómo su gobierno fusiona religión y poder político, dando así por muerto el principio del laicismo.

En una entrevista telefónica, el politólogo y periodista salvadoreño Ricardo Avelar profundizó en que, al llegar a la presidencia, Bukele recurrió a las viejas tácticas de un político populista latinoamericano de manual: «Apelar al sentimiento religioso (incluso cuando irrumpió en el Palacio Legislativo acuerpado

por militares), con un discurso sexista, homofóbico y que constantemente apela a la idea de familia tradicional».

Si bien Bukele se publicitó en un inicio como un político progresista y de izquierda, tras múltiples abusos de poder fue ganando cuestionamientos de ese bando. Fue la nueva derecha, sostiene Avelar, «el bando donde sus ansias de poder nunca fueron condenadas»; en este espacio, sus tácticas y narrativas fueron aplaudidas: «Es allí donde le celebran la pantomima religiosa y su diatriba anti-*woke*. Es donde salivan sus políticas de mano dura, plagadas de violaciones a los derechos humanos», añade Alvear; además, este respaldo no proviene sólo de sectores políticos tradicionales, sino también de grupos más amplios: «[...] criptoevangelistas radicales, teóricos de la conspiración que rechazan las instituciones de la democracia liberal y, mucho más importante, miles de jóvenes, particularmente hombres, de la generación Z, que ven con interés su estilo autoritario».

Además, el politólogo resaltó el rol de bitcoin en el modelo salvadoreño, ya que la adopción del bitcoin por parte de Bukele fue parte de su intento de reestructurar las finanzas de El Salvador desde 2021, en vista de lo complicado que le resultaba conseguir apoyo del Fondo Monetario Internacional (FMI). Sin embargo, su autoritarismo y falta de transparencia lo impedían, por lo que apostó por bitcoin en un momento en que el mercado parecía sólido. Según Avelar, la Ley Bitcoin coincidió con restricciones regulatorias que hicieron caer su valor, lo que lo volvió impopular en el país, pero hizo también que fuera percibido como un inconformista ante el poder de las instituciones financieras globales, ganando así seguidores de la nueva derecha.

Mientras tanto, Bukele invoca la figura de «Dios» para justificar su proyecto, presentándose como un «enviado» designado por «Él» para el «pueblo elegido de El Salvador»: «Dios quiso sanar nuestro país y lo sanó. Déjennos dar la gloria a Dios si así lo queremos. ¿En qué les molesta, en qué les afecta? Tal vez les afecta el ejemplo porque tal vez las poblaciones de sus países, a las que les han metido el ateísmo, vuelvan a creer en Dios».

«Dios me salvó para hacer que Estados Unidos vuelva a ser grande», dijo Donald Trump en su discurso inaugural de su se-

gunda presidencia, tras prometer una «era dorada» que «expanda nuestro territorio estadounidense» y que ponga a «*America First*» («Estados Unidos Primero»), el lema originado a finales de la década de 1930 y principios de la de 1940 dentro de un grupo aislacionista en el que muchos de sus miembros, como el famoso aviador Charles Lindbergh, simpatizaban con el régimen de Hitler.

En Brasil, Jair Bolsonaro, quien se autoproclamaba «el Trump de los trópicos», alcanzó en su momento la presidencia mediante un discurso autoritario, ultraconservador y defensor de la dictadura militar, consolidando así esta tendencia global. En Argentina, Javier Milei llegó al poder con un mensaje divisivo, incluso refiriéndose a la última dictadura militar argentina como «una guerra en la que se cometieron excesos» (el argumento de Emilio Massera en el Juicio a las Juntas de 1985). Actualmente, Milei cuenta con su propio «brazo armado» dentro de su partido La Libertad Avanza, un grupo que se autodenomina Las Fuerzas del Cielo, lanzado en un acto con una estética histórica que invitaba al público a interpretar sus connotaciones. Este evento tuvo lugar en un escenario rojo y negro, con baja iluminación, y contó con la participación de funcionarios públicos, legisladores e *influencers*, todos vinculados al poder. Para comprender mejor la representación visual de este acto, se invita al lector a explorar en internet para que saque sus propias conclusiones sobre su significado y contexto histórico, buscando lo siguiente en Google: «brazo armado de las fuerzas del cielo».

Santiago Abascal, Marine Le Pen, Giorgia Meloni, Alice Weidel y Viktor Orbán son algunos de los políticos que se suman a la lista de las nuevas derechas. Todas estas fuerzas políticas comparten una estrategia común: abordar la sensación de vacío existencial que enfrentan muchos votantes. En respuesta a las crisis económicas, la nueva derecha promueve una identidad colectiva idealizada, centrada en conceptos como el patriotismo, la religión, las tradiciones y la raza (es importante aclarar que, desde un punto de vista biológico, no existen las razas humanas; todos los seres humanos pertenecemos a la especie *Homo sapiens*, y la noción de *raza* es una construcción social o sociocultural).

La mentira y la violencia parecen ser la norma, mientras la democracia es cuestionada y el mundo se torna un lugar hostil, incierto y complejo. La mayoría de los cordones sanitarios parecen haberse roto: muchos de los partidos tradicionalmente conservadores, o incluso algunos que antes se identificaban como de centro o centroderecha, han desplazado su discurso hacia la derecha en su totalidad. En tiempos pasados, los partidos políticos mostraban apertura para formar alianzas y valoraban la legitimidad de sus contrincantes dentro del sistema democrático; hoy, la esfera pública democrática se ve gravemente afectada. En el caso de España, distintos partidos y políticos han adaptado su mensaje en diversas ocasiones al de Vox. Un ejemplo de ello es el discurso de la presidenta de la Comunidad de Madrid, del Partido Popular, Isabel Díaz Ayuso, quien planteó el lema «libertad o comunismo», lo que evidencia el componente neomacartista del actual clima político.

¿Qué sigue? ¿Qué va a pasar? ¿Cómo será el mundo si estas narrativas de odio se normalizan por completo? ¿Qué sucederá cuando olvidemos los consensos democráticos que tanto nos costó alcanzar? ¿Qué motivó a tantos a lo largo y ancho del mundo a sentirse atraídos por estas nuevas derechas? ¿Qué hizo que tantos votantes estadounidenses se sintieran atraídos por figuras como Trump? ¿Está la democracia en retirada? ¿En qué momento quedó «normalizado» lo que antes parecía inimaginable? ¿Qué tiene de «nuevo» la nueva derecha?

Todo esto nos lleva a otras preguntas: ¿por qué tanta gente aún se entrega ciegamente a la personalidad autoritaria? ¿Será que, como sociedad, debemos aprender a manejar nuestras desilusiones o frustraciones y dejar de votar por el entretenimiento peligroso de parte de políticos que nos dan contenido al estilo de *reality shows*? ¿Estamos presenciando el «fascismo eterno» del que habló Umberto Eco? Lo que sí es un hecho es que todo aquel que votó por Trump votó por un candidato respaldado por el Ku Klux Klan (KKK), es decir, votó igual que ellos.

No podemos colaborar con el mal ni quedarnos callados ante él. La historia nos ha mostrado cómo el silencio y la pasividad ante el avance del odio institucionalizado pueden tener conse-

cuencias devastadoras. El historiador británico Matthew Hughes destacaba en sus análisis sobre el Holocausto que, además de los actos de los nazis, fue crucial la inacción de aquellos que se consideraban «buenos» e incluso el rol de los que fueron cómplices, como las personas comunes y corrientes señaladas por Hannah Arendt, que no creían estar haciendo el mal y simplemente seguían órdenes.

La idea de la encarnación eterna impulsó tanto al fascismo como al populismo a exaltar la figura del líder infalible, llegando a presentar su victoria electoral como la última esperanza para la nación. Hubo un tiempo en que el nazismo era objeto de un rechazo unánime tanto a nivel político como social, siendo considerado moralmente inaceptable. Es fundamental recuperar ese consenso y reafirmar el rechazo categórico hacia cualquier forma de apología o normalización del odio. Ser nazi debería dar vergüenza, y no asegurar un cargo en el gobierno. Son los fascistas y los nazis los que deben regresar al *closet*. No debemos pedir perdón ni sentir vergüenza por ser *woke*, ni pensar que hemos ido «demasiado lejos» como quieren hacernos creer. Quienes deberían avergonzarse, insisto, son ellos.

El siglo **xxi** sigue cargando consigo las sombras de la crisis, la xenofobia, la homofobia, el racismo y el populismo, mostrando que la violencia y el odio, tan presentes en el siglo **xx**, no han desaparecido. El populismo tiende a desarrollarse en momentos de crisis política, social o económica, ya sea genuina o fabricada, y se presenta como la solución auténtica frente a la política convencional. Hoy vivimos una nueva oleada populista. Estos fenómenos evocan inquietantemente algunos patrones del autoritarismo del siglo **xx**. Probablemente, la pregunta ya no es cómo muere la democracia, sino más bien por qué se permite su debilitamiento o por qué se contribuye tan cómodamente a matarla.

Hoy en día, es la nueva derecha la que, de algún modo, ha monopolizado los populismos, reduciendo la política a partidos sin democracia interna y con caudillos carismáticos. Este sistema ideológico se fundamenta en prejuicios, utiliza un lenguaje manipulador y una retórica diseñada para convencer al seguidor de

que se obsesione con el «enemigo», al que debe odiar y humillar para poder pertenecer al grupo de los *bullies*, porque eso es *cool*.

Estos políticos enumerados anteriormente hacen uso de una herramienta central: la amenaza latente. Esta herramienta constituye un marco conceptual extremadamente poderoso, ya que son estructuras mentales que los seres humanos emplean para interpretar, evaluar y elegir la información que reciben de manera constante. Más adelante, observaremos qué sucede con la desinformación, otro grave problema en esta ecuación. La desinformación es la propagación (en manos de personas, organizaciones, plataformas o medios) de información engañosa o falsa que busca manipular o influir en la opinión pública (información que puede ser intencional o no). Por eso es importante aprender a detectarla, desconfiando de títulos sensacionalistas, aprendiendo a verificar fuentes originales, corroborando citas, imágenes y *links*. Recordemos que, al menos en el caso de Estados Unidos, y según un estudio del Pew Research Center, más del 40 % de los jóvenes de entre dieciocho y veintinueve años se «informan» sobre noticias actuales a través de *influencers*.

La mayoría de estos *influencers* son los que Trump halaga y denomina «*influencers* de la “manosfera”», y lo hace con el objetivo de atraer de manera directa a los votantes masculinos (aquellos de la «masculinidad tóxica»). El término *manosfera* se refiere a una comunidad online compuesta principalmente por hombres que, a través de blogs, foros, redes sociales y páginas web, comparten la ideología de la nueva derecha y sus preocupaciones sobre la «destrucción» de la masculinidad y el auge del feminismo. La manosfera se asocia con posturas misóginas, antifeministas e incluso extremas, y puede incluir a grupos como los «hombres derechos» o *incels*.

La feminista inglesa Laura Bates, fundadora del proyecto Everyday Sexism y autora del libro *Los hombres que odian a las mujeres: incels, artistas de la seducción y otras subculturas misóginas online* (2020), se infiltró bajo el nombre «Alex» durante un año en estas comunidades incels, haciéndose pasar por un varón, para luego exponer la violencia digital existente, destacando que los foros anónimos no son rincones aislados, sino espacios activos

y en crecimiento. Estos varones buscan la aprobación de otros con ideas misóginas. La parte más inquietante que nos trae este libro, es que incluso un Juan, Martín o Santiago, por decir algunos nombres, callado y amable, podría ser parte de estas ideologías y subgrupos sin que nadie lo sospeche. La autora sostiene lo siguiente:

El primer y más evidente político cuyo éxito ha envalentonado tanto a la manosfera como a la *alt-right* es Trump. Desde su descripción de las mujeres como «cerdas gordas» y «perras» hasta su afirmación de que poner a una esposa a trabajar es «peligroso»; desde sus propias confesiones de agarrar a las mujeres «por la vagina» hasta su insinuación de que las mujeres con la menstruación son inestables; desde su descripción de los inmigrantes mexicanos como violadores hasta sus tuits instando a cuatro congresistas estadounidenses pertenecientes a minorías étnicas a «regresar y ayudar a reparar los lugares totalmente destruidos e infestados de delincuencia de los que vinieron», el presidente expresó repetidamente ideas y declaraciones profundamente misóginas y racistas que encajan perfectamente con la cosmovisión de los supremacistas masculinos y la *alt-right* (...). Cuando los *incels* aparecen ocasionalmente en noticias o conversaciones, se los descarta fácilmente como un pequeño grupo marginal de bichos raros en línea. Lo que se oye sobre ellos suena tan extraño, tan extremo, tan difícil de creer, incluso tan ridículo, que es fácil ignorarlo; es un error. La comunidad *incel* es el sector más violento de la llamada manosfera. Es una comunidad dedicada al odio violento hacia las mujeres.

La reciente serie *Adolescencia*, de Netflix, ha generado debate al exponer de manera cruda cómo las ideologías agresivas circulan en las plataformas digitales, a partir de un crimen juvenil. A raíz de esto, muchos comenzaron a hablar de los *incels*, ya como una comunidad internacional de jóvenes que odian a las mujeres y sobre la cual el feminismo advierte desde hace tiempo.

Según los *incels*, el 80% de las mujeres sólo se siente atraído por el 20% de los hombres, a quienes llaman «Alfa». En su jerga, los hombres atractivos son denominados «Chads» y las mujeres,

«Staceys». En Argentina, los incels utilizan términos despectivos como «agujeros» para referirse a las mujeres, reduciéndolas a meros objetos. Estas ideas se ven reforzadas por *influencers* y *youtubers* misóginos que promueven el odio y la violencia de género.

Otro de los grupos de odio más activos y grandes de Estados Unidos es el de los Proud Boys. Entre ellos, al igual que en la mayoría de los grupos ultra, la supremacía masculina es un componente central. Desde allí, plantean que los hombres deben ser dominantes en todas las áreas de la sociedad y que su trabajo es «proteger» a las mujeres, las cuales están destinadas a ser madres y cuidadoras. El motor del hombre, además, debe ser la violencia, sugieren los Proud Boys, quienes jugaron un papel importante en el asalto al Capitolio. El fundador del grupo, Gavin McInnes, sostuvo lo siguiente: «No eres un hombre a menos que hayas golpeado a alguien».

Para poner algunos ejemplos, podemos mencionar a Andrew Tate, el controvertido *influencer* y *ex kickboxer* de 36 años, quien ha sido objeto de escrutinio por la retórica misógina que difunde en redes sociales. Junto a su hermano, enfrenta cargos en Rumania por conformar un grupo criminal organizado, tráfico de personas y violación. En 2022, su nombre estuvo entre los más buscados en Google. Se ha hecho conocido por sus vídeos, en los que expone su visión de la masculinidad y el éxito, con un puro en mano y músculos al aire. Para él, el éxito se traduce en riqueza, dominio, la posesión de mujeres y autos de lujo. Entre sus declaraciones más polémicas, afirmó que las mujeres son «la propiedad» de los hombres. Mientras espera juicio en Rumania por delitos de explotación sexual y económicos, nuevas denuncias han surgido en Estados Unidos, incluyendo acusaciones de agresión y estrangulamiento a una mujer durante un viaje. Además, encuestas indican que la mayoría de los jóvenes que forman parte de la manosfera lo conocen, lo que evidencia su influencia en este sector de internet.

Otro de ellos es Joe Rogan, conductor del popular pódcast The Joe Rogan Experience, quien se ha convertido en una de las voces más influyentes dentro del ecosistema mediático de la nueva derecha. Su espacio, que combina entrevistas con figuras con-

trovertidas y monólogos cargados de opiniones personales, funciona como una plataforma que amplifica discursos conspirativos, desinformación sobre las vacunas y ataques hacia las personas trans. Obsesionado con temas como la masculinidad, la caza y la autosuficiencia, Rogan ha construido un relato que resuena particularmente entre sectores como los *incels* y otros grupos desencantados, posicionándose, en la práctica, como un megáfono de teorías conspirativas y narrativas reaccionarias que refuerzan los postulados de la nueva derecha.

Algo que resulta interesante es el movimiento de las *tradwives* (o «esposas tradicionales»), a través del cual algunas mujeres, a pesar de ser maltratadas por grupos de odio, participan activamente en la promoción de la nueva derecha, defendiendo la «supremacía masculina». Este movimiento promueve la sumisión femenina como una forma de libertad, idealizando una vida doméstica inspirada en la década de 1950, con énfasis en el cristianismo, la castidad y la educación en el hogar. Para ellas, la felicidad radica en adherirse a roles tradicionales y relaciones heterosexuales, en contraste con las promesas del feminismo. Como decía Simone de Beauvoir, «el opresor no sería tan fuerte si no tuviera cómplices entre los propios oprimidos».

El supremacismo de la masculinidad tóxica justifica, de este modo, las jerarquías que colocan a los hombres en una posición de superioridad y dominación sobre las mujeres, donde ellas son el «instrumento del diablo» (algo enseñado de manera literal desde las principales religiones), exponiendo todos los arquetipos del mundo más misógino, donde la mujer es sometida al escrutinio público, se la condena y se la juzga. A lo largo de la historia, la humanidad ha construido una narrativa en la que los fallos o errores atribuibles a los hombres se explican como el resultado de la presencia o acción de una mujer. Este patrón se observa incluso en la mitología griega, donde Pandora, al abrir la caja, desató todos los males del mundo, quedando representada como un símbolo de curiosidad peligrosa y desobediencia radical. A Eva y al resto de las mujeres, a lo largo de los milenios, les esperaba el mismo destino. Los padres viven con la preocupación y el temor de que sus hijas se conviertan en «zorras» o «pro-

miscuas». Si tan sólo se preocuparan un poco por evitar que sus hijos se conviertan en violadores o abusadores, la historia sería otra, mucho más justa, y el mundo sería un lugar mejor.

En su libro *The far right today* (2019), Cas Mudde, especialista en los estudios del populismo de derechas, explica que «tanto en Europa como en el resto del mundo, pasando por India, Estados Unidos y Australia, el populismo de derechas se caracteriza por enfocarse en cuatro temas fundamentales a partir de los cuales se articula el ensamblaje discursivo nacionalista, nativista y, en la mayoría de los casos, xenófobo: la corrupción, la migración, la seguridad y la política exterior». Con el objetivo de definir a las nuevas derechas que se reproducen, presenta el término o concepto de «derecha populista radical», que se fundamenta en tres ejes: el populismo, el autoritarismo y el nativismo. Estos instrumentos resultan eficaces, complementados por teorías conspirativas que alimentan en la sociedad el temor frente a la «inseguridad» o el «peligro» que causan «los de afuera», «los otros», «los enemigos», «lo *woke*», «la tiranía progre», «el negro», «la mujer», «el judío», «el musulmán», etcétera.

Al mismo tiempo, se observa un aumento en el drama y la victimización entre grupos que históricamente han ocupado posiciones de poder: hombres que se consideran oprimidos por leyes contra la violencia de género; religiosos que ven su fe amenazada por el laicismo, por otras religiones o por las procedencias de quienes no profesan sus creencias. La nueva derecha protesta porque «ahora el humor tiene límites», lo que significa que ya no pueden hacer bromas racistas, xenófobas, homofóbicas o misóginas. Esta situación la perciben como un límite a sus derechos.

La estrategia de la nueva derecha se centra en desencadenar el miedo ante supuestas amenazas que, según algunos, ponen en riesgo la masculinidad de los hombres o la pureza de una nación, atribuyendo ese desmoronamiento de la moral perfecta al avance del feminismo, de las teorías de género y de la inmigración, como ya fue mencionado. Esto pone de relieve, con mayor claridad, que, cuando el personaje de la nueva derecha habla sobre combatir la corrupción, en realidad no se refiere a delitos cometidos por funcionarios públicos, sino más bien a una corrupción

de la supuesta pureza cultural, o de la pureza étnica, una corrupción moral que amenaza el orden tradicional. De esta forma, las fuerzas impuras del mal desplazan el orden establecido que perciben como natural y legítimo, motivo por el cual proteger dicho orden (sus privilegios) se transforma en una lucha por la supervivencia (de la crueldad).

Los principios que se atribuyen a Jesucristo en los Evangelios, como el mandato de «amar al prójimo como a uno mismo» (Marcos 12,30-32) y la identificación del forastero con el prójimo, están en clara contradicción con la narrativa de la nueva derecha, que, a pesar de invocar a Jesucristo, promueve una visión excluyente y restrictiva hacia los inmigrantes. Incluso según el Nuevo Testamento, el trato compasivo hacia los forasteros es esencial para el juicio final, como se indica en Mateo 25,35, donde se describe a aquellos que serán bienaventurados por haber dado de comer, beber y acoger a los forasteros. La nueva derecha, sin duda, quedaría fuera del paraíso.

«Él regresará desde el cielo y, cuando lo haga, se llevará a su iglesia con Él y cohabitarán por siempre», se dice en 1 Tesalonicenses 4,16-18. Sin embargo, en las sagradas escrituras se afirma con claridad que nadie sabe cuándo será ese regreso (1 Tesalonicenses 5,1-3). Lo que sí sabemos con certeza es que, si Jesucristo hoy quisiera cumplir con su segunda venida, mejor que no lo intente en Estados Unidos, porque seguramente será deportado.

La paradoja de los trumpistas o de la xenofobia de la nueva derecha europea es que, bajo sus propias políticas migratorias, Jesucristo no podría entrar a Estados Unidos ni a Europa: sería rechazado por ser migrante, por ser pobre, por ser de Oriente Próximo, por tener un color de piel que «contamina la sangre de la nación» (como repite Trump) y por trabajar como carpintero, una ocupación que, según ellos, no está en la categoría de «trabajo cualificado o necesario». Además, sería una persona demasiado *woke* para ellos, porque andaría predicando sobre amar al prójimo, ayudar a los pobres y rechazar la avaricia. La nueva derecha se proclama como cristiana, pero, si Jesucristo apareciera, lo tratarían de «zurdo de mierda», al fiel estilo de Milei.

Honestamente, la historia de Jesucristo, vista desde una perspectiva moderna, tiene elementos que podrían encajar con algunas ideas que hoy se asocian a lo *woke*. Según la narrativa cristiana, su «padre» (Dios) no es biológico, sino un espíritu, lo que rompe con las categorías tradicionales de género. Es hijo de un ser que trasciende lo físico y que se presenta con pronombres masculinos sin una corporeidad masculina (aunque la mayoría lo proyecta como un hombre blanco). Además, Jesucristo predicaba el amor incondicional, sin restricciones de origen, clase o identidad, lo que podría considerarse una forma de poliamor espiritual. Su mensaje de inclusión y rechazo a las normas rígidas de su tiempo lo colocaría más cerca de las posturas progresistas que de los movimientos neorreaccionarios que hoy lo reclaman como símbolo.

Quizá la pregunta que deberíamos plantearnos sea la siguiente: ¿está realmente la izquierda (o lo que la nueva derecha denomina izquierda) obsesionada con el género, la sexualidad y otros temas similares? ¿O simplemente se encuentra en una posición constante de defensa de grupos marginados y minorías frente a una derecha que, en realidad, parece ser la verdadera obsesionada con estas cuestiones?

Aclaro que ellos llaman *izquierda* a todo lo que no les gusta. Cuando me refiero a que hay una izquierda que parece tener que defender constantemente a grupos marginados y minorías, no me refiero a los regímenes dictatoriales como la Venezuela de Maduro o la Cuba castrista (por el contrario, estas dictaduras están de acuerdo con la propuesta de la cruzada moral de la derecha, pues están en contra del aborto, de las libertades sexuales, de la eutanasia, de la legalización de las drogas, etcétera). Tampoco debemos olvidar al expresidente ecuatoriano Rafael Correa, fiel a su fe católica, quien rechazó también el matrimonio igualitario, el aborto y descalificó los estudios de género como «ideología», al igual que lo hace Milei. Correa sostenía que las teorías de género son «peligrosas» y «absurdas». «Creo en la familia y creo que esta ideología de género, que estas novelorías, destruyen la familia convencional, que sigue siendo y creo que seguirá siendo la base de nuestra sociedad», decía Correa, uno de los exponentes

más icónicos del grupo del cual la nueva derecha se queja constantemente. Cabe también mencionar a personajes como el ex-presidente de Bolivia Evo Morales, político que siempre hizo comentarios homofóbicos y machistas.

Sin embargo, los que tienen que defender permanentemente a las minorías frente a las turbas violentas de la nueva derecha suelen ser los modelos de las democracias modernas, los demócratas o la socialdemocracia de los países nórdicos. Sobre estos últimos, algunos libertarios los colocan como ejemplo a seguir, cuando, en realidad, serían los primeros países en llevarse el título de *liberprogre* por ser sociedades más bien alejadas de los mandatos religiosos en la política y por estar abiertos a las libertades sociales.

Nuestro planeta es testigo de una proliferación de movimientos y figuras políticas dentro de una derecha que ha logrado «desdemonizarse» a sí misma y cuyos representantes promueven los discursos de odio bajo el paraguas de una idea propia de lo que es la «libertad de expresión». Así, nos enfrentamos al auge de una especie de acoso político o *bullying* político. Parece que aún no logramos dimensionar el hecho de que todos perdemos cuando los poderosos hacen uso de su posición para hostigar a otros, hacer *bullying* y faltar el respeto.

En este marco, el insulto se establece como su arma y herramienta predilecta, utilizada por aquellos que se escudan en un supuesto «derecho a ofender» (un derecho que no existe). Sin embargo, estos mismos actores suelen evadir las consecuencias de sus actos y, cuando son confrontados, adoptan una postura victimista, lamentándose ante lo que perciben como un acto de la «cultura de la cancelación». Su discurso y actitud evocan una forma de interactuar y debatir que parece más anclada en las dinámicas del pasado, más propia de la Edad Media (época a la cual les encantaría regresar) que del presente. Esta nueva derecha no tiene ningún interés en debatir ni en llegar a un consenso.

Se ha desatado una suerte de «liberación del odio». Con ellos en el poder, muchos sienten una legitimación tácita para expresar abiertamente actitudes racistas, sin temor a represalias. Este fenómeno ha contribuido al alarmante incremento de los crímenes de

odio en diversas sociedades (no olvidemos lo fácil que es que los discursos de odio se conviertan rápidamente en delitos de odio). La sensación de estar «liberados» fomenta una peligrosa emulación, en la que incluso la transgresión de la ley, tal como la encarna Donald Trump, se convierte en un ideal digno de admiración y lealtad por parte de sus seguidores. Crear enemigos es parte del libreto, como lo hizo Trump unos meses antes de asumir la presidencia, al decir que iba a cambiar el nombre del golfo de México y reemplazarlo por el de golfo de Estados Unidos (en otras palabras, «golfo de la Masculinidad Frágil»). En ese mismo momento se llevaban a cabo en Venezuela las protestas contra el régimen de Maduro... Trump, tan adorado por muchos venezolanos (los llamados *magazolanos*, neologismo y acrónimo de *MAGA* y *venezolano*), no dijo una sola palabra al respecto, pero sí se pronunció sobre anexar Groenlandia y Canadá a Estados Unidos. Los políticos narcisistas son de manual, y queda claro que muchos hombres elegirían invadir o comprar Groenlandia o cualquier país, o incluso proponer la toma del canal de Panamá, antes que enfrentarse a un par de sesiones de terapia.

Trump es un reflejo de las profundas tensiones y resentimientos latentes en la sociedad estadounidense, y ya desde mucho antes de su llegada al poder. Su ascenso capitalizó eficazmente el descontento, posicionándolo, en palabras de Barack Obama, más como un síntoma que como la causa del clima político y cultural actual. Esta realidad plantea la necesidad urgente de analizar nuestro pasado para comprender los mecanismos que hay detrás de estos fanatismos.

Recordemos que, antes de implementar su plan sistemático de exterminio, conocido como la «solución final», la ideología nazi se centró en construir una narrativa que retrataba a los judíos como una amenaza existencial para la pureza y la estabilidad de la nación alemana. En esta construcción discursiva, los judíos eran presentados como un elemento corruptor que ponía en peligro una identidad nacional supuestamente eterna y homogénea. Bajo esta perspectiva, se justificaba la necesidad de «purificar» la sociedad mediante su exclusión, deportación o eliminación, tratándolos como un cuerpo extraño que debía ser

erradicado para restaurar un supuesto orden natural (así como lo hace Donald Trump con los inmigrantes). Este genocidio no surgió en el vacío: fue precedido por décadas de un racismo profundamente arraigado, que no se limitaba a Alemania o Europa, sino que también encontraba resonancia en numerosos países del mundo.

Así, tiempo antes, decenas de ideólogos respaldaron ese tipo de propuestas e incluso políticas que violaban los derechos humanos, como las leyes racistas y segregacionistas llamadas leyes Jim Crow implementadas en Estados Unidos a finales del siglo XIX y principios del XX. La llamada legislación Jim Crow institucionalizaba y establecía oficialmente la segregación racista en espacios públicos. Y, curiosamente, el partido nazi se inspiró en esas leyes y las tomó como modelo para las racistas y antisemitas Leyes de Núremberg, de 1935.

Jim Crow fue un personaje de «comedia» musical de 1828, interpretado por un hombre blanco que, con su cara pintada de negro, se burlaba de los afroamericanos. Su nombre se utilizó para designar popularmente las leyes que institucionalizaron la segregación racista desde 1876 hasta 1965. Estas leyes fueron diseñadas para frenar los derechos de las personas negras, y estuvieron motivadas por el miedo de la población blanca a perder el control económico, social y político. Las leyes Jim Crow legitimaron la violencia racista, los linchamientos, los abusos policiales y la represión para mantener el *statu quo* racista.

Aprovechándose de la relación entre emoción y cognición, según la cual el cerebro tiende a pensar en función de lo que siente, las nuevas derechas han capitalizado el descontento ciudadano. Este descontento, en muchos casos exacerbado por las crisis que se intensificaron con la pandemia, ha abierto las puertas del escenario político a figuras *outsiders*: empresarios, líderes religiosos, comediantes o comentaristas mediáticos. Inicialmente, su éxito electoral se basó en captar el llamado «voto negativo», movilizándolo a una mayoría que buscaba rechazar a los actores políticos tradicionales. Sin embargo, el fenómeno ha evolucionado hasta un punto en el que gran parte del electorado es seducido por el atractivo populista y las teorías conspirativas. Esto ha lle-

vado a la internalización de un profundo rechazo hacia la propia democracia, materializando lo que Marine Le Pen describió décadas atrás como la «lepenización de los espíritus», algo que hoy recorre el mundo.

Estos fenómenos se ven potenciados por algoritmos que nos confinan a burbujas informativas, limitando nuestra exposición a la diversidad de perspectivas y encerrándonos en visiones únicas y homogéneas. Esto es peligroso porque las nuevas derechas, con sus presidentes troles, tienen la ventaja de comunicar o hacer llegar bien su mensaje en redes sociales y cuentan con estructuras que manejan significativas sumas de dinero, lo que les permite organizarse y difundir su mensaje cargado de ira y sed de venganza. El escritor Rodrigo Nunes lo explica así en su libro *Bolsonarismo y extrema derecha global* (2024a):

Pero fue la *alt-right* la que entendió primero, y mejor que la mayoría, las ventajas de tomar la posición de una de las figuras centrales de la cultura contemporánea: el *troll*. El *troll* busca provocar reacciones fuertes y parece alimentarse de su propia capacidad para provocar el enfrentamiento y exponer a los demás al escarnio [...]. Ahí está la clave para entender la estrategia de la *alt-right* y, por extensión, del bolsonarismo. La doble comunicación, y el hecho de que sea el *troll* quien decida cuándo bromea y cuándo habla en serio, es la base de su técnica para introducir ideas «polémicas» y «controvertidas» en el debate público de forma irónica, humorística o con cierta distancia crítica, manteniendo siempre la duda sobre cuánto hay de broma y cuánto de verdad [...]. Si en algún momento siente que se ha pasado de la raya, siempre puede dar un paso atrás y decir que no lo entendieron, que fue una broma, y volver las tornas convirtiendo el episodio en un caso de persecución o de [su] defensa de la libertad de expresión y en un ataque a una cultura en la que «ya nadie sabe jugar». Esto es lo que hacen los comediantes que han construido carreras como críticos de la «corrección política».

El punto es que las redes sociales han emergido como herramientas fundamentales para dichos movimientos. Estas plata-

formas, más allá de su propósito inicial de entretenimiento, se han convertido en espacios estratégicos de movilización política. Su diseño interconectado facilita la propagación de la retórica populista y favorecen su ascenso. Así comenzamos a observar con mayor claridad las respuestas a las preguntas que durante décadas nos planteamos sobre el impacto de las redes sociales en la política: un impacto que ya es una realidad consolidada en nuestro presente, y que es peor de lo que podíamos imaginar.

Todas las figuras políticas mencionadas antes han sabido capitalizar el poder y la influencia de las redes sociales para moldear la opinión pública y promover discursos populistas dirigidos contra lo que llaman «élites tradicionales». Al ofrecer a los votantes una alternativa directa y sin intermediarios tradicionales, estas plataformas digitales han adquirido un rol protagónico en la explicación del éxito o del fracaso de las campañas electorales contemporáneas. La creciente literatura académica sobre los procesos electorales recientes evidencia cómo las redes sociales han transformado profundamente la dinámica de la comunicación política en la era digital, alterando las relaciones entre los líderes políticos, los medios de comunicación y el electorado.

En *Del fascismo al populismo en la historia* (2019), Federico Finchelstein expone cómo el populismo y las redes sociales se complementan, así como la transformación del populismo en un fenómeno global, donde los populistas aprenden unos de los otros, colaborando a través de redes transnacionales. Los populistas de esta nueva derecha suelen desconfiar de los periodistas independientes, a quienes consideran enemigos, y las redes les proporcionan un medio para prescindir de la prensa tradicional y comunicarse directamente con sus fanáticos seguidores. Este contacto directo, sin precedentes, les permite sobresalir frente a los políticos tradicionales y fortalecer su rechazo hacia la política convencional.

José Benegas y yo misma compilamos y escribimos partes del libro *Nacionalismo: el culto común del colectivismo* (2021),

en el que el coautor Loris Zanatta expone la dinámica del populismo, explicando que siempre se repite un mismo patrón:

Había una vez un pueblo virtuoso que vivía en paz y armonía, el pueblo «elegido». Pero su unidad se desmoronó, su virtud se corrompió; una «élite corrupta» se desconectó del «pueblo puro» amenazando su identidad y contaminando su cultura. Le tocará a un Mesías salvarlo y restaurar la pureza perdida, llevarlo a la tierra prometida donde la armonía volverá a reinar.

Zanatta argumenta que el populismo es un patrón familiar a las religiones monoteístas, puesto que los populismos expresan en el plano temporal de la política un antiguo imaginario religioso, según el cual «el pueblo de los orígenes es una comunidad de fe, y su pureza es la del Edén, anterior al pecado original. La causa de su corrupción es la entrada a la historia, imperfecta y caduca, conflictiva e impredecible». Por lo tanto, remata el autor, no es de extrañar que los líderes populistas se erijan en profetas y que su pueblo sea un pueblo fiel que espera un redentor.

El populismo de estas nuevas derechas guarda vínculos tanto históricos como conceptuales con el fascismo. Algunos autores lo consideran un heredero del fascismo: una forma de posfascismo adaptada a contextos democráticos, que combina un compromiso limitado con la democracia y exhibe impulsos y tendencias tanto autoritarias como antidemocráticas. El historiador Enzo Traverso utiliza el término *posfascismo* para agrupar bajo una misma categoría los fenómenos reaccionarios emergentes, especialmente en Estados Unidos y Europa, donde ningún país es ajeno ni se salva de la aparición de las nuevas derechas. Dentro del fascismo, se hablaría de proyectos imperialistas de guerra, de la guerra como escuela, del organicismo, del Estado fuerte, de la movilización de masas y de la propaganda; en el posfascismo se hace referencia a las batallas culturales, la incorrección política, el lema «Dios, patria y familia», la venganza como estrategia política, el protagonismo político de celebridades y las narrativas en torno a la pandemia. El uso de términos como *fascismo* y *pos-*

fascismo no es fortuito, ya que hoy emergen los fantasmas de la década de 1930, lo cual no debe ser subestimado.

En su libro *Cómo funciona el fascismo* (2021), Jason Stanley elaboró un listado de las estrategias que ha utilizado el fascismo, entre ellas: el uso del pasado mítico; la propaganda; el antiintelectualismo; la supuesta época gloriosa de la nación que acaba por culpa de la globalización o del globalismo; las narraciones de las guerras de conquista lideradas por generales patrióticos y los ejércitos leales; el estado de irrealidad en el que las teorías conspirativas y la desinformación reemplazan el debate bien argumentado; la jerarquía; el victimismo; el llamado al orden público; la ansiedad sexual; y el llamamiento al espíritu de la nación y al desmantelamiento del estado de bienestar. El paralelismo entre estas estrategias y las de la nueva derecha, otra vez, son evidentes. Todos reivindican lo que ven como una masculinidad mancillada.

Por otro lado, la disonancia cognitiva puede entenderse como la incomodidad que surge cuando nuestras creencias o valores entran en conflicto con nueva información contradictoria, lo que nos lleva a justificar o modificar alguna de las dos partes para reducir la tensión. Esta disonancia se explica por el hecho de que el cerebro tiende a bloquear información racional que podría desafiar nuestras convicciones. La mayoría de las personas tiende a consumir contenidos que refuercen sus creencias previas y a expresar opiniones que estén alineadas con dichas percepciones. En este contexto, la neuropolítica emerge para explorar cómo las emociones influyen en los procesos políticos y en la formación de opiniones.

Ningún continente se salva de esta tendencia nacionalista populista. Ya no ocultan lo que son ni lo disimulan; ahora, los nazis y racistas se sienten cómodos siendo nazis y racistas frente al mundo. Las bases de estos movimientos políticos se envalentonan cada vez más, mientras sus opiniones, amenazas y actitudes se radicalizan. Un ejemplo alarmante de esta normalización del odio ocurrió en noviembre de 2024 en Ohio (Estados Unidos), donde, tras la victoria de Trump, un grupo de supremacistas blancos marchó por las calles portando banderas nazis y entonando cánticos racistas, celebrando de esa manera los

resultados. Estas escenas se vuelven cada vez más recurrentes. Nos encontramos frente a la normalización del odio y del nazismo.

Marine Le Pen, quien recientemente fue condenada por malversación de fondos públicos y personifica la nueva derecha en Francia, sostuvo recientemente que la victoria de Trump «es un ladrillo más en la construcción de un nuevo mundo destinado a reemplazar al viejo». A menudo, el ascenso de los autoritarismos pasa desapercibido en su transcurso; mientras se desarrolla, suele subestimarse, y es difícil creer que pueda afectarnos personalmente. Generalmente, la toma de conciencia sobre su impacto llega cuando el daño ya está hecho. A pesar de ello, muchas personas siguen otorgando sus votos en las urnas a esas opciones del autoritarismo. En el relato de estas nuevas derechas, se celebra un pasado heroico, caracterizado por campañas militares y soldados leales, mientras las mujeres son retratadas en un rol de cuidadoras, encargadas de la crianza de la próxima generación.

Vivimos en una era donde las costumbres más arcaicas y sombrías se presentan como novedades, pero no son más que versiones reeditadas de un viejo camino que se intenta imponer por la fuerza. Para comprender las nuevas derechas, es necesario identificar qué hay de nuevo en ellas, y sin perder de vista cómo sus discursos, prácticas y formas evocan aspectos del pasado. En la visión de estos nuevos populismos, el pasado está estrechamente vinculado a normas de género tradicionales y a una estructura de poder patriarcal. Su objetivo es reinstaurar en la sociedad el modelo de familia patriarcal, al que denominan natural y consideran el núcleo de las tradiciones nacionales de Occidente, las cuales, según la nueva derecha, se han visto debilitadas por el progresismo y el cosmopolitismo. Esta visión es clave, ya que la idea de «antiprogresismo» (al igual que la de antifeminismo, pues el populista de la nueva derecha se presenta como el líder masculino y viril, que lucha contra todo lo que aparece como «afeminado») constituye un elemento aglutinador en los discursos de esta corriente.

¿Qué semejanzas y diferencias pueden encontrarse en relación con las derechas tradicionales? ¿De qué manera se vinculan con

los legados e identidades de las derechas del pasado? El hecho mismo de autodenominarse «nuevas» las sitúa en una posición diferenciada, marcando una cierta distancia respecto de las «viejas».

Lo que resulta evidente es que esta corriente mantiene una búsqueda de un chivo expiatorio al que responsabilizar, a la vez que le declara una guerra frontal a lo que denomina lo «políticamente correcto» (actualmente rebautizado por algunos como lo *woke*). Al respecto, en el libro de varios autores *Extremas derechas y democracia: perspectivas iberoamericanas* (2023), con edición a cargo de Pablo Stefanoni y José Antonio Sanahuja, Stefanoni nos ofrece la siguiente reflexión:

Uno de los ejes discursivos de las derechas radicales actuales es la existencia de una nueva inquisición. La emergencia de Greta Thunberg como heroína de la lucha contra el calentamiento global, las «cazas de brujas» del Me Too —el movimiento que nació para denunciar acoso y abuso sexual en la comunidad de Hollywood pero luego se extendió hacia el resto del mundo—, las clases de educación sexual en las escuelas, los rescatistas de inmigrantes en el Mediterráneo, la omnipresencia del viejo financista George Soros como el gran villano detrás de todas las causas progresistas, los movimientos por la legalización del aborto, el lenguaje inclusivo, las normas de discriminación positiva, la militancia de los veganos o los animalistas...

En este contexto, el «líder de la nación» asume el papel de figura paterna dentro del imaginario de la «familia tradicional», convirtiéndose en un componente central de su guion ideológico. Se erige como el padre de la patria, un símbolo de autoridad moral y poder, que no muestra debilidad, es superior e irrefutable. Al igual que la figura del padre ha sido construida como un «sostén» del hogar, el populista de la nueva derecha se presenta como el guardián de la nación y el protector del pueblo, cuya autoridad se cimenta en su «fortaleza», la cual en ocasiones se simboliza con una máscara de león, guerrero o macho alfa. Por esta razón, avances como los estudios de género o el feminismo son percibidos por figuras como Milei, Abascal o Trump como

amenazas. El patrimonio cultural de su país, como las estatuas o monumentos, no les interesa, salvo cuando lo usan como argumento para atacar las marchas feministas, actuando como «justicieros», así como hacen los «justicieros del deporte», aquellos que se oponen a la participación de las personas trans en campeonatos deportivos, aunque únicamente se interesen por el deporte en ese aspecto.

Lo repito: el mundo democrático atraviesa un momento oscuro. En las últimas elecciones estadounidenses de 2024, se confirmó que esta tendencia continuará, mientras los jóvenes están aprendiendo que se puede violar y agredir sexualmente a las mujeres, mentir sin cesar, ser condenado por múltiples delitos, relacionarse con traficantes sexuales de menores como Jeffrey Epstein, idolatrar a dictadores como Putin, hacer acuerdos con Maduro, robar dinero de organizaciones benéficas e incitar disturbios..., y que, aun así, se puede llegar a la presidencia dos veces.

Queda claro que la misoginia ha estado presente desde hace mucho tiempo, lo que resulta novedoso en la actualidad es que ciertos grupos de la sociedad se identifiquen abiertamente en su defensa y construyan sus discursos orgullosamente a partir de ella. Es crucial entender que esto no constituye una simple reacción aislada ni se limita a posturas conservadoras sobre el género. Como expone Susanne Kaiser en su libro *Odio a las mujeres: incels, malfollaos y machistas modernos*, se trata de una reconfiguración contemporánea de los valores de la extrema derecha, que actúa como una puerta de entrada a su ideología. Estos nuevos referentes comparten el deseo de restaurar un orden social basado no solo en la supremacía masculina, sino también en la hegemonía blanca, autoritaria y cristiana.